



Abrojos y Azul....

Valentín de Pedro

Como en el caso de Abrojos, la aparición de Azul..., que sale de las prensas de Valparaíso en 1888, se debe a la generosidad de amigos suyos, quienes, por mucho que apreciaran a Darío, no pudieron sin duda tener exacta noción del alcance de su contribución para aquel alumbramiento editorial. En ese breve volumen estaba ya el nuevo Rubén Darío. Y él mismo nos dirá lo que ese libro significa, revelándonos al propio tiempo lo que pudiéramos llamar el misterio de su creación.

"Azul... es un libro parnasiano -dice-, y, por lo tanto, francés. En él aparecen por primera vez en nuestra lengua el "cuento" parisiense, la adjetivación francesa, el giro gallo injertado en el párrafo clásico castellano; la chuchería de Goncourt, la calinerie erótica de Méndés, el escogimiento verbal de Heredia, y hasta un poquito de Coppée.

"Qui pourrais-je imiter pour être original?, me decía yo. Pues a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resultó original"

Nos descubre aquí Darío la manera de elaborar su arte, acudiendo a las fuentes literarias donde abreva su sensibilidad. Con todas esas aportaciones -las de ayer y de hoy y de mañana- se forjará un estilo personal, hecho de su formidable capacidad de entusiasmo artístico y su no menos formidable capacidad de asimilación.

Salió Azul... con prólogo de Eduardo de la Barra, escritor que por aquellos días contribuyó a dar a Rubén una de las mayores satisfacciones de su vida. Tenía el poeta vivos deseos de ser colaborador de La Nación de Buenos Aires, con cuya página literaria se había familiarizado desde que llegó a Chile, en la redacción de La Epoca, donde el periódico argentino llegaba normalmente. Eduardo de la Barra le presentó a su suegro, que lo era el gran chileno don José Victorino Lastarria, al que Rubén expuso su deseo, y quien muy gustosamente intercedió ante su amigo, el gran argentino don Bartolomé Mitre, para que su deseo se lograra. Y así Darío pudo escribir: "Quiso pues, mi buena suerte, que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario".

Pero en aquellos momentos, Rubén no sabía lo que aquel logro iba a significar para su porvenir. Su situación era desastrosa, y no la mejora la aparición de su libro Azul..., que según sus propias palabras "no tuvo mucho éxito en Chile", ni su colaboración de La Nación, de Buenos Aires. Al parecer, su situación se agrava, como puede verse por estas palabras suyas: "Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había más sino partir".

Es una situación que se viene repitiendo en su vida desde que se sintió impulsado a su primer viaje. Una situación idéntica, como si se hallara en el mismo lugar siempre y no hu-

bera dado un paso. Hay una carta suya fechada en Valparaíso el 20 de noviembre 1888, que se parece extraordinariamente a la que escribió en Chinandega el 3 de julio de 1882, en vísperas de marcharse a El Salvador. La de ahora está dirigida a Pedro Nolasco Prendez, de Santiago, y dice:

"Mi querido amigo: Te escribo con el siguiente objeto: debes de tener entendido que mi partida a Centroamérica me es más necesaria que nunca. Mi padre acaba de morir, y yo tengo que estar en Nicaragua a la mayor brevedad. Conoces perfectamente mi situación. Parece que las esperanzas que teníamos no se han podido realizar por ahí. ¡Qué se hace!

Ahora, oye: un amigo mío ha empezado aquí algo que, si es duro para mí, es el único medio que me queda para poder irme. He pedido a personas que tienen buena voluntad y alguna estimación por mí, que contribuyan para formar un fondo con el cual pueda hacer el viaje. Ya hay bastante adelantado.

Tócate a ti -pues no puedo decirlo a otro amigo- ver lo que te sea posible hacer en el círculo de tus relaciones políticas y sociales. Por de pronto recuerdo yo dos, tres, cuatro amigos, quienes, si tú les insinúas algo, se prestarían gustosos. Triste, pero preciso. Se necesita que, por lo menos, vengán de ahí veinte libras; lo demás aquí, como digo, se está juntando. Todo callado, como todo bien que se hace noblemente..."

No es preciso copiar más. Como se ve en esta carta alude a su padre. También había una alusión a él en la carta de Chi-

nanega, dirigida a un amigo de León. Esta está dirigida a un amigo de Santiago. Cuando tuvo noticia de la muerte de don Manuel Darío, su viaje estaba ya decidido. Ni una palabra de afecto. Habla de él como de un extraño, si bien se trasluce en sus palabras que algo espera de su muerte con relación a su situación económica, aunque seguramente no se haría ninguna ilusión al respecto. Y acaso esas palabras no tienen más objeto que dar prisa a sus benefactores. El hecho es que entre sus amigos de Valparaíso y Santiago se reúne al fin el dinero necesario y puede partir.

No se celebró más acto de despedida en honor del poeta que el organizado por la Sociedad Filarmónica de Obreros de Valparaíso, en el que le rindieron homenaje las gentes humildes, los desheredados de la fortuna con los que había convivido últimamente. Hubo varios discursos, siendo el más importante el del doctor Francisco Galleguillo Lorca, y Rubén expresó su gratitud en improvisados versos.

Y es significativo que se marchara sin despedirse de Pedro Balmaceda. A este propósito escribiría: "Nuestra fraterna amistad tuvo una ligera sombra... No estreche su mano al partir".

El vapor Cachapoal, que dejó el puerto de Valparaíso el 9 de febrero de 1889, lo llevó rumbo a su patria. Podía creerse que desandaba lo andado, que volvía hacia atrás. Sin embargo, aquél era un modo de seguir adelante.